
EL ALMOHADON DE ROSAS.

PARTE PRIMERA.

I.

LA FAMILIA DE JUAN MARÍA.

Los que hayan leído una novela mía titulada *Celeste* conocen ya á Pedro Carrasco.

Para los que no conozcan ni la obra, ni á este personaje, voy á hacer de él un retrato, si bien con poca belleza de colorido, con mucha verdad.

Pedro Carrasco, en la época en que empieza esta historia, era un muchacho de veintiseis años, pero que aparentaba treinta bien cumplidos.

Era muy alto, bastante rollizo y muy tosco. Su cara, ruda y ceñuda casi siempre, hubiera sido regular si la hubiera animado la expresión de benevolencia que tan bien sienta en todas las edades, y que es el mayor encanto de la juventud.

Pero Pedro no había sido jamás benévolo, y cualquie-

ra hubiera podido asegurar que habia nacido viejo y gruñon.

Su cara ancha y basta estaba tan tostada por el sol, que parecia un indio, porque Pedro, desde que pudo hacer algo, se habia dedicado al cultivo de la tierra.

Sus ojos, semicubiertos por unas espesas cejas color de castaña, eran grandes y de un color indefinible, que participaba del negro y del azul.

Tenia la nariz larga y gruesa, la boca grande, la frente elevada y ancha, á pesar del desórden de su cabello, que de castaño claro que le tenia cuando niño, se le habia vuelto de un negro apagado y sin brillo.

Su barba, que llevaba siempre afeitada, mostraba por su color azulado que era cerrada y fuerte.

El traje de Pedro era limpio y decente, pero él lo llevaba del mismo modo que lleva un perro su piel. Su blanca camisa de hilo dejaba descubierto un pecho hercúleo, negro por el sol y cubierto de vello; para que las mangas no le molestasen, se las recogia hasta cerca del codo, y dejaba ver unos brazos robustos y compañeros del pecho.

Llevaba los calzones de pana sueltos junto á la rodilla para que no le molestasen, y casi nunca se ponía la chaqueta, porque en el verano le daba calor y en el invierno no sentía el frio.

Pedro vivía en compañía de sus padres, buenos ancianos, de carácter dulce, y de un hermano suyo, cuatro años más jóven, y que se llamaba Mariano.

Este muchacho, que en la novela á que me refiero apareció niño, y no hizo más que pasar vagamente por

entre los personajes importantes de aquella triste historia, tenía á la sazón veintidos años.

Difícil es reunir, como él lo habia reunido, un aspecto más dulce y carácter más ladino: más sensibilidad aparente y ménos corazon; más bondad exterior y unas inclinaciones más perversas.

Era de una maldad solapada, fria y lenta, por decir así.

Pedro era muy bueno y parecia malo, gracias á su rudeza.

Mariano era malo y parecia un ángel, un modelo de ternura y de cariño.

Cuando eran muchachos, Pedro llamaba á su hermano *mosca muerta*, que equivalia á llamarle hipócrita.

Mariano no llamaba nunca con ningun dictado á su hermano; pero en su interior no le apeaba el de animal, oso, y otros semejantes.

Si el interior de los dos hermanos difería, no difería ménos su exterior.

Mariano era esbelto, de ojos azules llenos de dulzura, de facciones finas y agraciadas: vestía con mucho más lujo que su hermano, y cuidaba de su persona con esmero.

Pedro amaba á su hermano aunque le reprendía duramente todas sus *gaterías*, segun él las llamaba: Mariano aborrecía á Pedro, porque á todos ménos á él engañaba con sus zalamerías.

La envidia hacia presa en él como en todas las naturalezas mezquinas.

No procuraba ser bueno, y todo lo bueno que habia en su hermano le irritaba como una usurpacion.

La fuerza de Pedro le humillaba: su austeridad y la fama que gozaba en el pequeño pueblo de Cabañas, donde vivían, de honrado, de laborioso, de buen hijo, de excelente labrador, le enojaban como un insulto.

Pedro nada de esto conocía, ó si lo notaba, se hacía el desentendido: su padre, que había sido alcalde durante muchos años, ya no trabajaba; aquél cuidaba de la hacienda y hacía ir á su hermano con él, al rayar la aurora, obligándole á trabajar aunque no tuviese gana, según su costumbre.

Pedro trabajaba como un león: cada vez que su hercúleo brazo clavaba la azada en la tierra, valía por cuatro de las que la clavaba su hermano.

Éste era haragan, y se paraba á cada instante; entónces Pedro se contentaba con levantar la cabeza, miraba á Mariano y le decía severamente:

— Trabaja.

— Me canso — respondía Mariano.

— Cuando te mueras descansarás con todo el cuerpo.

Mariano volvía á trabajar, no porque quisiera obedecer á su hermano, sino porque temía á éste por un efecto de ruin cobardía.

La verdad era que mientras habían sido muchachos los dos, Pedro había aplicado sendos puntillones á Mariano, y que, aún en la actualidad, le enviaba alguno cuando le replicaba.

Mariano nunca había devuelto un golpe á su hermano.

No se atrevía á hacerlo, pero en cambio le odiaba.

Los padres adoraban á sus dos hijos.

Llamábase él Juan María; ella Joaquina.

Ninguno de los dos tenían mucha edad, pero ya parecían decrepitos.

El pesar había blanqueado sus cabellos, arrugado sus mejillas y encorvado sus cuerpos; porque trece años ántes habían perdido á su única hija, Celeste, niña buena y hermosa como los ángeles, asesinada por el abandono de su novio.

No obstante, cuando veían á sus hijos aún brillaba en los ojos del anciano matrimonio una centella de orgullo y de placer.

He dicho que á los dos amaban igualmente, y en efecto, era imposible decir á cuál preferían de los dos.

La casa estaba bastante rica, y tenían una criada; pero ninguna mañana dejaba de levantarse Joaquina á preparar la alforja de sus dos hijos.

Cada día, ó la mayor parte de ellos, tenía lugar la conversacion siguiente:

— Hijo mio, Pedro—decía Joaquina—te voy á echar un pedazo de magra.

— Ni por pienso—respondía Pedro rudamente;—la magra es para mi padre.

— Ya queda más.

— No importa, me basta con la tortilla.

— Pero, hijo....

— Si me echa V. más, volverá á casa.

— Tampoco quiero yo magra—decía Mariano;—écheme usted un pedazo de longaniza, madre.

— Tú, hijo—respondía Joaquina,—pareces tonto y no lo eres: ya no queda más que una vuelta de lon-

ganiza, y la guardo para la viejecita madre del señor cura.

— ¿No somos ántes los de casa?

— No, hijo, no — respondia Juan María; — *bocado comido no gana amigo.*

— Éste — decia Pedro — *no tiene más parientes que sus dientes.*

— Y tú — respondia Mariano por lo bajo — tienes siempre muchas ganas de hablar.

Si á pesar de decir esto, ó cosa semejante, con acento contenido, llegaba á los oidos de Pedro, regalaba éste á su hermano un mojicon de padre y muy señor mio; pero que se lo diese ó no, la ternura paternal y materna mediaba de nuevo entre los dos hermanos.

— Vamos, te daré longaniza — decia la buena Joaquina.

— ¿Longaniza? ¡ni pensar! — respondia Pedro. — ¡No faltaba más sino que este mandria se saliese con la suya! ¿Dónde está la que queda?

— Ahí — respondia Joaquina, casi atemorizada por el enojo de su hijo.

— Toma, Marta; llévala á casa del señor cura.

Y Pedro daba á la criada la longaniza, que miraba su hermano con lastimosos ojos.

Marta, la sirvienta de la casa, era una muchacha de diecisiete años, tan linda, que no tenía semejante en el pueblo: largos y sedosos cabellos castaños se recogian en espesas trenzas detras de su cabeza.

Tenía los ojos muy grandes y del negro más intenso y afelpado; las mejillas, redondas como dos manzanas; la

boca, coralina; las cejas y las pestañas, pobladas y sedosas.

Era hija de la viuda de un jornalero, ya muy anciana, y que habiendo quedado reducida á la mayor pobreza y sabiendo que en casa de Juan María se buscaba una criadita que descansase á Joaquina, les rogó que admitiesen á su hija.

Celebróse el convenio, y Marta quedó admitida en la casa, á la edad de quince años, y siendo tan bonita como una flor de Mayo.

La ladina viuda tuvo presente que habia dos hijos mozos y que Marta, ademas de ser linda, era lista y viva como la pimienta y lagotera cuando queria serlo.

En efecto, es imposible imaginarse toda la gracia picante é incitativa reunida en aquella chiquilla, que poco ántes jugaba desgrefñada y sin zapatos en la plaza de la iglesia; su padre, hombre tan cándido y honrado como sagaz y taimada era su mujer, habia estado durante muchos años ganando su jornal en casa de Juan María, por cuya razon su viuda tenía conocida la bondad del corazon del antiguo alcalde y de su esposa, la digna y grave señora Joaquina.

Sin embargo, Marta empezó, á los pocos dias de estar en la casa, á quejarse de los continuos regaños de Pedro, cuyo genio, el rato que pasaba en ella, no se podía sufrir; por el contrario, alababa la mansedumbre de Mariano, que la miraba y echaba flores, y el paternal cariño con que la trataban Juan María y su mujer.

Pero el que hubiera observado á Pedro con cuidado

hubiera notado en él una trasformacion extraña desde pocos dias despues de haber entrado Marta en la casa de sus padres.

Él, tan duro y tan huraño para todos, hablaba á aquéllos con una dulzura infinita; él, que en toda su vida habia concedido una mirada á la campiña, ni á la bóveda celeste, se pasaba despues largas horas de la velada mirando las estrellas, y las primeras de la mañana contemplando el plantío de los sauces y de los tilos, que se extendia como la arboleda fantástica de Armida, alumbrada por los dorados rayos del sol naciente; y durante su contemplacion no era extraño ver desprenderse de sus ojos una lágrima y deslizarse por su tostada mejilla, perdiéndose entre los pliegues de su camisa de lino.

Él, á quien ántes importaba poco oír misa ó no, no faltaba ya ningun domingo ni dia festivo á la mayor, y por la tardecita entraba en la iglesia á saludar á la Virgen, que se parecia á Marta, con su florida y risueña belleza, y era como ella morena, y como ella tenia los ojos negros y la cabellera rizada y abundante.

Pedro amaba: la gracia atrevida y picante de aquella niña pobre y huérfana, á la que habia empezado por compadecer, á la que habia dado tantas veces un pedazo de pan cuando jugaba á la puerta de su casa descalcita y hambrienta, aquella gracia provocativa habia labrado la ruda indiferencia de Pedro.

Y sin embargo, era tan extraño, y por decirlo así, tan incómodo para él el sentimiento que se deslizaba en su corazon, que se enojaba contra aquella chiquilla apenas

formada, que al dar una vuelta dejaba ver una pierna hecha á torno, que llevaba sus largas trenzas sueltas á la espalda, y cuyo corsé marcaba coquetamente la redondez de su seno, mal cubierto por un pañuelo de muselina.

¡Oh perpétua desgracia de las almas buenas! No era digna aquella muchacha casquivana, ligera y presumida, del grave y generoso amor de Pedro; pero es bien cierto que por eso la queria, y que los instintos de Marta, malos sin saber él que lo fueran, eran los que sobre todo le obligaban á amarla.

Si su hermana, si aquella Celeste cuya pérdida habia puesto blancos los cabellos de sus padres, hubiera vivido, su hermano le hubiera confiado su amor y ella le hubiera dicho con su voz tan dulce, que parecia el canto de un ángel:

— Olvida á Marta: no te amaré ella jamas: no es digna de tí.

Y entónces Pedro hubiera procurado obedecerla; pero ¡ay! Celeste habia ya volado al cielo, llevándose consigo la alegría y la dicha de toda su familia.

Si ella hubiera vivido, haria descansar tanto á su madre, que jamas ésta hubiera necesitado de más ayuda que de la de su hija dentro de su casa.

Pedro no sabia darse cuenta del mal que sentia; de aquel mal que hubiera adivinado la dulce mirada de Celeste.

Abandonóse, pues, aquel hombre austero, casi provectoro en la primavera de su vida, á toda la violencia de sus sensaciones, y su amor creció con tanta rapidez,

que él, aún sin saber que era amor, se asombraba de cómo llenaba toda su alma aquel sentimiento tan nuevo y tan grande.

Marta no reparaba en el efecto que producía, aunque, respecto de ese asunto, era demasiado lista; no sólo conocía cuando agradaba, sino que muchas veces se figuraba agrada, cuando ni aún pensaban en ella; pero ¿cómo había de conocer que agradaba á Pedro, cuando la reñía sin cesar, cuando ella casi le tenía miedo?

Más esperanzas abrigaba respecto á Mariano, que le decía algunas cosas dulces, y la miraba de un modo que la hacía ruborizar.

Y luego, ¿cómo había ella de mirar á Pedro, tan tosco, tan huraño y de tan mal carácter?

Los ancianos esposos y sus dos hijos llamaban tú por tú á Marta, como que la habían visto nacer; y ella llamaba también de tú á los muchachos, porque si con Pedro no había jugado, había jugado con Mariano, y recibido muchas veces de la mano del otro frutas, y aún algún pedazo de queso que mitigase su hambre de niña casi pordiosera.

II.

UNA NOTICIA GRAVE.

Eran las siete de una noche de invierno, fría, pero serena y estrellada, cuando la familia Carrasco se hallaba reunida, para cenar, en la cocina de su casa.

Además de la familia, había otras personas, pues algunos vecinos se reunían allí para pasar la velada después de haber cenado cada uno en su respectiva casa.

Sentada la señora Joaquina en una silla pequeña de anea y madera blanca, junto al hogar, hilaba un copo de blanco lino sujeto á su rueca, que llevaba atada á la cintura con la cinta de su delantal.

Era una mujer que inspiraba á un tiempo cariño y respeto.

Siempre había sido muy delgada; pero á la muerte de su hija le acometió una enfermedad que, después de hacerla padecer mucho, dió por resultado el arrebatarle aún una parte de las pocas carnes que siempre había tenido.

Vestía con gran limpieza y con traje de labradora, si no nuevo, en buen uso y perfectamente cortado.

Sus cabellos blancos hacían un contraste muy marcado con su cutis muy moreno y con sus negros ojos; su cabeza, pequeña, vivaz, inteligente, se movía gallardamente sobre su cuello un poco largo, rodeado de una gargantilla de corales, de la que pendía una medallita de plata.

Al otro lado del fogón estaba sentado Juan María, fumando gravemente, en compañía de otros tres ó cuatro labradores ancianos, su tabaco negro.

Era un hombre alto, feo y serio; pero en sus facciones irregulares había escrita tanta bondad, y prometían tanta calma y prudencia, que ejercía al instante sobre el que le miraba la influencia de la más grande y justa simpatía.

Su traje era limpio y casi nuevo, porque ya no iba al campo; todos los trabajos agrícolas los dirigía Pedro con tanto tino como inteligencia; también tenía los cabellos blancos y sujetos por un pañuelo de seda de colores vivos.

Al lado de su madre estaba sentado Pedro, vestido con unos calzones viejos, una faja de seda, que su padre había desechado, y una camisa muy limpia.

Era más alto que Juan María, y como dos veces corpulento; su fisonomía, muy dura y muy ceñuda á primera vista, presentaba, examinándola con cuidado, todas las señales de una gran bondad.

Tenía la frente espaciosa, los labios gruesos, los ojos grandes y transparentes, la dentadura hermosa y blanca.

Hablaba con una labradora jóven, que había ido con su marido á pasar la velada, y que era, con corta diferencia, de su edad.

Algo más léjos, Mariano, sentado en un banquillo de madera, departía amigablemente con dos ó tres jóvenes; el hijo segundo estaba vestido como un señor, porque así que volvía del campo, donde le hacía trabajar la ruda autoridad de su hermano, arrojaba sus vestidos hasta la mañana siguiente, y se ponía un traje limpio y lujoso.

El vestido de aquella noche era de pana azul con botonadura de plata cincelada; sus calcillas (1), blancas y

(1) Medias sin piés ó de estribera.

caladas por la ágil mano de su madre; su faja de seda, casi nueva.

Á este atavío daba más realce la delicada belleza de sus facciones y de toda su figura; era alto y esbelto, con gallardo talle, que ajustaba perfectamente su rica faja.

Sus ojos azules eran pequeños, pero dulces y alegres; su nariz, delicada; sus labios, rosados y finos, enseñaban al reirse una linda dentadura; se parecía, en una palabra, á su hermana Celeste, en el tipo, no en la expresión: la que animaba el semblante de aquella era el reflejo del candor y de la inocencia; la que se advertía en el semblante de Mariano era ruin, solapada y llena de falsedad.

Su dulzura empalagaba.

Su sonrisa era desagradable, porque ocultaba la maldad y algun propósito perverso ó tenebroso.

No obstante, las sencillas gentes de la aldea le admiraban como el jóven más gallardo y mejor parecido del contorno.

Ademas de estas ventajas, Mariano poseía otras varias: tocaba la guitarra hasta *hacerla hablar*; cantaba muy bien y bailaba primorosamente; decía, ademas, á las muchachas flores y requiebros, con tanta gracia que parecía un andaluz.

Con todas estas ventajas, no hay que admirarse de que Mariano Carrasco fuese el coquito de todas las muchachas de Cabañas, que se disputaban sus miradas y su elección en el baile de los domingos en la plaza.

Por entónces todas envidiaban á Marta; porque sólo

á ella dirigia Mariano sus miradas, aunque es preciso decir que era la jóven más linda del lugar.

Todos hubierais convenido en ello si la hubierais visto en la noche de que vamos hablando ir y venir por la cocina, disponiendo la cena para la familia.

Era una muchacha que, como ya he dicho, sólo contaba diecisiete años, y que, gracias á su poca estatura, á su viveza y á su gracia juvenil, áun aparentaba uno ménos.

La señora Joaquina, que necesitaba amar á cuantos estuviesen á su lado, la habia tomado gran cariño, y le hacia cada año dos vestidos; con esto Marta parecia una *pintura*, segun le decia Mariano, y como era aseada y primorosa, nadie sabia lucir mejor que ella sus modestas galas.

Era Marta pequeña y delgada, pero de un modo tal, que la delgadez le servía para tener la cintura muy fina y las manos y piés muy bonitos; en la garganta, hombros, pecho y brazos, parecia hecha á torno.

Su falda corta dejaba ver un pié chiquito, calzado con media de hilo blanco y zapato fino de cordoban, de los llamados escarpines; bajo la falda se descubria un zagalejo color de grana, adornado con una cinta azul, alternando con dos terciopelos negros; un jubon de indiana y un pañuelo de merino encarnado, fino y flexible como la seda, y que decia muy bien con sus negros ojos y su tez morena y sonrosada.

Marta ponía la mesa; colocó en ella cinco cubiertos completos—pues ella se sentaba tambien con la familia—y luégo sacó del fogon una gran cazuela de pata-

tas con tocino que puso en medio de la mesa, y que difundió por la cocina un aromático olor.

Era tan grande la porcion que contenia, que al colocarla, Marta se quemó ligeramente la mano, y dejó escapar un ¡ay! que no pudo reprimir.

Al oirlo, Pedro se puso descolorido y corrió á ella. Mariano la oyó tambien, pero no dejó la conversacion que sostenia con sus amigos.

—¿Qué te ha sucedido?—preguntó Pedro á la jóven.

—Me quemé un poco..... Nada..... Ya se pasó—respondió ella.

—¡Qué aparatos y qué necedades!—refunfuó Pedro volviéndose á su asiento, ruborizado interiormente de su arrebató.

—¿Por qué las oyes?—preguntó Marta;—para nada necesitaba que hubieras venido.

—Vamos á la mesa—dijo Juan María arrojando la colilla de su cigarro;—la cena se enfria, mujer, siéntate.

—El que no haya cenado que se siente tambien—dijo cordialmente Joaquina, ocupando su sitio.

—Gracias, señora Joaquina—respondieron todos;—ya lo hemos hecho.

Pedro se colocó al lado de su madre.

La otra cabecera la ocupó Juan María.

En el lado único que quedaba desocupado se sentaron Mariano y Marta.

Era la primera vez que sucedia aquello; la muchacha se habia sentado siempre al lado de Joaquina; pero aquella noche, no sabemos por qué especie de tácito convenio, los dos jóvenes se habian colocado así.

Pedro lo vió, y su semblante se cubrió con la púrpura de la ira; pero reconcentrado como siempre, guardó el más absoluto silencio.

—¿Ya sabréis la novedad que corre?—dijo uno de los labradores viejos que había llegado de los últimos.

—¿Qué se casa la sacristana con el cojo?

—¿Que el botero ha comprado una viña?

—¿Que festeja *Relojes* á la chica del *Empapelado*?

—¡Ca! Nada de todo eso—respondió el labrador, mirando á los que habían hecho las anteriores preguntas y meciedo la cabeza;—¡es cosa más gorda!

—¿Más que eso?

—¡Mucho más!

—Pues yo no sé que haya en el pueblo otras novedades.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

—Pues yo sí, y allá va una que os va á atontar. Lorenzo ha vuelto.

Un rayo que hubiera caído en medio de la asamblea no la hubiera aturdido más que estas sencillas palabras.

Joaquina dejó caer el bocado que llevaba á la boca.

Juan María palideció como un cadáver.

Pedro, que iba á beber vino, lo derramó todo en el mantel, porque su mano temblaba convulsivamente.

¿Quién era aquel Lorenzo, cuyo solo nombre producía aquel efecto en toda la familia?

La conversacion de los presentes nos lo dirá.

III.

ARDIDES DE MARTA.

Juan María fué el primero que adquirió fortaleza para hablar.

—¿Cuándo ha podido llegar.... *esa persona*?—dijo como si las palabras le abrasasen los labios.

—Ha llegado anoche, segun me ha dicho Juan, el que cuida de la casa desde la muerte del pobre Bruno.

—¿Y no teme ese mal hombre que se le caigan encima las paredes de la casa de su padre?—exclamó Joaquina con vehemencia.

—Parece que no.

—Pues casi debía esperarlo—dijo una labradora jóven.

—¡Pobre Bruno!—añadió otra;—¡su bribon de hijo le mató!

—¡Y cuánto padeció ántes de morir!

—Me ha dicho Juan—prosiguió el que había dado la noticia de haber llegado aquel misterioso personaje—que Lorenzo viene desconocido; hecho un viejo, arrugado y calvo.

—¡Él, que era tan buen mozo y tan gallardo!—dijo una labradora.

—No tiene edad para eso—repuso otra de las más ancianas, y madre de la anterior;—apénas tendrá cuarenta y un años.